



GRANDES DETECTIVES

okamoto kidō

LAS NUEVAS AVENTURAS DE  
**HANSHICHI**



Las historias del detective Hanshichi, personaje inspirado en Sherlock Holmes, se desarrollan entre 1840 y 1860, una época en la que tradición y superstición van de la mano y son el verdadero enemigo del racional y poco ortodoxo Hanshichi.

El lector asistirá fascinado a una vibrante y colorista descripción de la ciudad de Edo, se colará en las mansiones de los samuráis que sirven al *shōgun*, en los baños públicos, en las modestas *nagaya* o casas de vecinos, pasando por innumerables talleres artesanos y modestos restaurantes en los que reponer fuerzas comiendo fideos *soba* o anguila asada. Un apasionante recorrido por la futura ciudad de Tokio, desde sus barrios más opulentos y respetables a aquellos más humildes, habitados por personajes del hampa.

Escrita con una sutil ironía y gran sentido del humor, Okamoto Kidō consigue que el lector disfrute con los casos del astuto inspector, trasladándolo a un período exótico incluso para los japoneses. Una era plagada de aparecidos, de hechizos de zorros, de criaturas *kappa* y de fantasmas. Misterios a los que el detective se enfrentará, armado únicamente con su ingenio y sus hábiles e incisivos interrogatorios.

# NOTAS DEL TRA- DUCTOR

Siguiendo el camino trazado por «Hanshichi. Un detective en el Japón de los samuráis», el presente volumen es una nueva selección de relatos del ya querido personaje. A diferencia de su predecesora, la presente compilación está formada íntegramente por episodios sin traducción conocida al inglés u otra lengua occidental y fueron, por lo mismo, vertidos directamente desde el japonés. Por ello, resulta necesario tener presente la dificultad que implica comunicar dos realidades y temporalidades tan distintas como son en este caso el japonés corriente entre 1916 y 1937, y el español actual. Máxime, considerando que si bien los relatos fueron escritos en las primeras décadas del siglo pasado, están ambientados en una época anterior: las postrimerías del siglo XIX. Aunque no nos queda del todo lejano en años, esta época resultaba a veces distante y desconocida, incluso para los propios japoneses, pues fue producto de la avasalladora irrupción y adopción de la cultura occidental que tenía lugar en aquel entonces. Prueba de ello son las numerosas explicaciones, comparaciones y referencias del narrador acerca de los usos y costumbres del período Edo, vigente hasta 1868, año en que se reinstaura el poder imperial desde las manos del *shōgun*. Por este motivo, aunque abundan en el texto términos que podrán resultar ajenos al lector hispanohablante, estos se transcriben en cursi-

vas y se explican en un glosario al final del texto, a fin de no romper constantemente el hilo de la narración con notas al pie de página. Estas se reservan únicamente para aclaraciones contextuales y culturales sin las que el lector se vería privado de comprender el relato en su totalidad o se preguntaría el porqué de determinadas situaciones. Asimismo, se incluyen algunos topónimos para dar detalles acerca de los lugares presentes en el texto que, dada su naturaleza, conviene conocer para tener una impresión más fidedigna de las intenciones y connotaciones pretendidas por el autor al ambientar las historias en distintos barrios de Tokio, o más precisamente Edo, nombre con que era conocida la urbe en aquellos años. Solo se incluyen en el glosario aquellos topónimos destacados en negrita en el texto.

Dado que los cuentos transcurren en distintos períodos de la historia japonesa a los que el autor hace referencia según la calendarización tradicional, se incluyen entre paréntesis los años del calendario gregoriano correspondiente. Algo similar sucede con el sistema horario: si bien el autor emplea la división horaria japonesa vigente en el período Edo, él mismo incluye entre paréntesis la hora moderna correspondiente. No obstante, hay casos en que no lo hace, ya sea por olvido o por considerarlo innecesario. En aquellos casos, se ha agregado la hora correspondiente para dar mayor uniformidad al texto. En referencia a esto mismo, el lector sagaz podrá notar que las horas en ocasiones parecen ir al revés, pues, por ejemplo, lo que sucede a la hora sexta precede a la hora quinta. Esto se debe a que el sistema horario japonés de aquella época utilizaba un método inexacto y variable, que enumeraba las horas de manera descendente, dividiendo el día en jornadas diurnas y nocturnas, formadas por bloques de dos horas, aproximadamente. De ahí que, por ejemplo, la hora «séptima y media de la mañana» corresponda a las 5:00 AM y no las 5:30 AM.

Por otra parte, como el lector sabrá, el suelo de las casas japonesas tradicionalmente está recubierto por una es-

pecie de estera de paja llamado tatami que, gracias a su tamaño relativamente estándar, sirve también como medida de superficie. De ahí que la superficie de las habitaciones se mencione en cantidad de tatamis. Para que el lector tenga una idea, un cuarto de seis equivale más o menos a 9,9 metros cuadrados.

La ciudad de Edo se dividía, a grandes rasgos, en dos zonas socialmente bien diferenciadas: Yamanote y Shitamachi. La primera correspondía a la zona elegante y lugar de residencia de la prestigiosa aristocracia guerrera a la que pertenecían los samuráis. La segunda, a los barrios bajos poblados por mercaderes, artesanos y artistas. Los barrios típicos de Yamanote son los elegantes Hongō y Akasaka, donde reside el viejo Hanshichi. A su vez, Asakusa y Kanda, son típicas zonas de Shitamachi y, por lo general, representativas de aquellas donde tienen lugar la mayoría de los casos que involucran al detective.

Por último, resulta pertinente advertir que en ciertos pasajes de la obra se aprecian comentarios que pueden considerarse como políticamente incorrectos y machistas en especial, lo que exige tener presente el contexto original en que fue escrita la obra: otro tiempo, otra cultura y otra realidad.

# AGRADECIMIEN- TOS

Aprovecho también este espacio para agradecer a Masahide Yamamoto y a Isami Romero Hoshino por su valiosísima ayuda para dilucidar algunos pasajes complejos, así como a José Rafael Pino por sus acertados comentarios estilísticos de las versiones traducidas. Sin ellos, esta traducción no habría llegado a buen puerto. Cualquier posible omisión o error de interpretación de los originales es responsabilidad de este traductor.

Juan Luis Perelló Enrich  
Santiago de Chile, julio de 2014

# NOTA SOBRE TRANSCRIPCIÓN Y PRONUNCIACIÓN DE JAPONESISMOS

Las palabras de origen japonés se han transcrito según dos criterios: si la palabra ya es conocida en castellano, como samurái o sake, se respeta la grafía propuesta por la RAE y se escribe en redonda. La cursiva se reserva para aquellos términos relativamente más desconocidos para el lector hispanohablante y no incluidos en la RAE, excepto *shōgun* (sogún) y *daimyō* (daimio), por decisión de la editorial. La transcripción sigue el sistema Hepburn y su pronunciación corresponde a la siguiente:

1. Las vocales son prácticamente iguales a las del castellano, excepto aquellas que poseen una vírgula encima (*ō* y *ū*) que indica que se pronuncian de manera alargada. Si se quiere ser más preciso, la 'u' se pronuncia sin redondear los labios.
2. La letra jota se corresponde con el fonema [dz] y se pronuncia como en inglés *jet*, nunca con el fonema [x]

- del castellano ('jota').
3. La letra hache se corresponde con un sonido aspirado, con el fonema [h]; o sea, suena como una jota suave, o como la hache del inglés en *help*.
  4. La combinación 'sh' se pronuncia como el inglés *she*, es decir, con el fonema [ʃ].
  5. Las combinaciones 'ge' y 'gi' se pronuncian respectivamente como 'gue' y 'gui' en español, es decir, con el fonema [g].
  6. Las consonantes repetidas, como en *kappa*, se pronuncian ambas, con una leve pausa entre ellas.
  7. La letra zeta se pronuncia de forma más similar a la del inglés en *lazy* que a la zeta española, es decir, como la 's' española, pero con vibración de las cuerdas vocales. Se emplea, por tanto, el fonema [z] y no [θ].
  8. La combinación 'tsu' se pronuncia con ambas consonantes, no 'su' ni 'tu'.
  9. El apóstrofo indica separación silábica: *Man'en* se pronuncia en dos sílabas distintas, *man* y *en*, no 'manen'.
  10. La 'y' antes de vocal suena más parecido a la 'i' en diptongo en español, es decir, emplea el fonema [j].

# *La residencia de Mukōjima*

mukōjima ryō

## I

Durante el verano del segundo año de la era Keiō (1866), el clima fue irregular. En abril, mes en el que solíamos quitar el relleno a la ropa, todavía temblábamos de frío, a pesar de llevar varias prendas acolchadas. E, incluso con la llegada de junio, todavía tendía a hacer frío y a caer lo que quedaba de las lluvias de verano. Así, los días se sucedían con una fina llovizna que caía como humo. Al parecer, por consecuencia de todo esto, Hanshichi había pescado un resfriado. Heibei, el dueño de la farmacia del barrio, llegó de visita mientras el detective se encontraba apesadumbrado, sentado frente al brasero alargado y sosteniendo el peso de su sien.

—Buenos días. Parece que el tiempo sigue dando guerra.

—Qué problema, ¿verdad? Con lo inestable que está el clima, debe haber enfermos por todas partes, así que imagino que estará muy ocupado en su farmacia —dijo Hanshichi.

—No sé si puedo decir que el negocio prospere —comentó Heibei mientras meneaba una rodilla y extraía una cigarrera de la cintura—. En realidad, jefe, hay un asunto sobre el que me gustaría que me aconsejara, por eso he venido a consultarlo... No, no se trata de mí, sino de Otoku, una criada que trabaja en mi casa...

—Ah, ¿de qué se trata? ¿Por qué no me lo cuenta?

—Como sabrá, Otoku nació en las afueras de Namamugi y lleva a nuestro servicio cinco años, desde que tenía

diecisiete. Es sumamente honesta, así que también es la preferida de la casa.

—He oído hablar de ella... —asintió Hanshichi—. Hasta mi mujer se puso celosa cuando dije que me gustaría tener en casa a una sirvienta así. Pero, bueno, ¿le ha pasado algo a Otoku?

—En realidad no ha sido a ella exactamente, sino a su hermana... Esto es lo que pasó: Otoku tiene una hermana, llamada Otsū, que acaba de cumplir los diecisiete y que se fue a buscar trabajo en Año Nuevo a una agencia de Sotokanda llamada Sagamiya. Cuando llegó a Edo, lo primero que hizo fue venir a mi casa, pues es donde estaba su hermana, y esta la llevó hasta la tal Sagamiya, donde le dijeron que encajaba perfectamente en el perfil que estaban buscando para un puesto de trabajo. Las condiciones eran que no podía ser una persona de Edo, sino que tenía que ser alguien cuyos padres vivieran a unos cinco o siete *ri* de distancia de la capital, y que tenía que ser joven, honesta y discreta. Luego había otras cosas como que la duración del trabajo se distribuía en turnos de un año y que no servía alguien que trabajase a la ligera. En todo caso, era imprescindible comprometerse a un plazo largo, superior a tres años. A cambio, ellos le proporcionarían la vestimenta según la estación y un sueldo anual de tres *ryō*.

—Humm... —musitó Hanshichi y frunció el entrecejo.

En aquellos tiempos, tres *ryō* eran una suma exorbitante para una criada. Con ese salario se podía contratar a un espléndido samurái en la mansión de un *hatamoto*. Mientras Hanshichi pensaba que debía de haber alguna razón para ofrecer dicha suma a una joven sirvienta salida de la nada, Heibeï prosiguió:

—Dado que Otoku está acostumbrada a Edo, naturalmente sospechó de las bondades del asunto y tuvo sus dudas al respecto. No obstante, su hermanita, debido a su juventud y a la ambición actual de la gente del campo, deslumbrada por la promesa de los tres *ryō* y sin pensar en na-

da más, rogó a Otoku que se lo permitiera. Esta, finalmente, terminó por ceder y decidió permitirle aceptar el puesto, que se sitúa en un lugar solitario, en el interior de Mukōjima. Cuando Otoku regresó a casa, nos contó la historia y nos pareció un poco extraño, pero pensamos que no les quedaba más opción que pagar tanto, pues se trataba de una zona solitaria que las sirvientas jóvenes no toleraban. Por eso, Otsū estuvo primero en un período de prueba. No obstante, cuando Otoku no tuvo ninguna noticia al respecto tras pasar un tiempo, fue a la Sagamiya a averiguar qué pasaba. Resultó que la prueba había concluido sin novedad y los patronos estaban tan encantados que habían firmado un contrato de inmediato por más de tres años. Le hicieron entrega de una carta de su hermana. Efectivamente, se trataba de su letra y le decía que se quedara tranquila, que había terminado la prueba e iba a quedarse allí. El lugar de trabajo se trataba de la residencia de una familia adinerada: una amplia casa ocupada solo por el viejo encargado cincuentón y su señora. Era un lugar algo solitario, pero no tanto comparado con el campo. Aparentemente, la carta decía que estaba muy contenta porque el trabajo era muy liviano: le bastaba con atender a sus señores una vez al mes cuando aparecían por la propiedad. Aquello tranquilizó a Otoku y volvió a casa.

—¿En aquel momento no vio a su hermana?

—Así es. No la vio en persona, pero, como sin duda se trataba de su puño y letra, Otoku regresó tranquila. Aquello pasó a finales de las vacaciones de Año Nuevo. No hubo noticia alguna de ella en casi medio año, hasta anteayer, cuando un desconocido que decía venir de Mukōjima visitó a Otoku y le entregó una carta de su hermanita. La abrió enseguida y, en ella, Otsū decía que era incapaz de soportar aquella casa y que, si lo hacía, quizás su vida correría peligro. No podía entrar en detalles por escrito, por lo que la apremiaba para que la visitara. Esto causó que Otoku, tan apegada como estaba a su hermana, casi enloqueciera

e intentara partir corriendo al instante. Por supuesto, al ver que también se trataba de su letra, sabíamos que no era mentira. Sin embargo, aunque nos pusimos nerviosos con toda la situación, la detuve porque era tarde y ya se estaba poniendo el sol. Así que, ayer a primera hora, la dejé partir acompañada de Kamekichi, el aprendiz de la tienda.

—Muy acertado —sonrió Hanshichi—. En estos casos, sería muy preocupante dejarla ir sola, ¿verdad?

—Efectivamente. Después, creo que alrededor de la hora octava (2:00 PM), ambos regresaron exhaustos. Dijeron que les había costado trabajo dar con la casa en Mukōjima y que, para colmo, el viejo encargado se había puesto muy serio y había dicho que ahí no había tal persona... Bueno, después de discutirlo bastante, finalmente les permitió verla. Cuando Otsū reconoció a su hermana mayor estalló en llanto y le dijo que no podía servir un solo día más en esa temible casa y que renunciaría para que se la llevara consigo. Considerando que tal cosa no se puede hacer así como así, la tranquilizaron para conocer la situación y entendieron que, efectivamente, se trataba de una casa extraña y que nadie, no solo Otsū, estaría preparado para ella.

—¿Acaso salen fantasmas o algo? —sonrió Hanshichi—. ¿O hay una muchacha que se bebe el aceite de las lámparas?

—Bueno, se trata de algo parecido —dijo Heibei arrugando la frente—. La residencia se encuentra en el interior de la aldea de Terashima, un lugar solitario donde, incluso a pleno día, podría aparecer un zorro o una nutria. En los alrededores, no hay más casas. Al parecer, durante los primeros seis meses, Otsū no tenía gran cosa que hacer, hasta que la pareja de encargados le ordenó llevar comida tres veces diarias a un depósito.

—A un depósito...

—Un depósito, cuyo interior, dicen, estaba consagrado a una gran serpiente... a la que ofrendan tres comidas al día. Eso fue lo que encargaron a Otsū, puesto que decían

que debía ser una doncella que no hubiera conocido hombre. No se trata precisamente de una labor muy agradable, pero, como ella tiene un carácter campesino, no le dan miedo ni las serpientes ni las ranas, a diferencia de lo que nosotros podríamos creer. Además, le dijeron que la serpiente no hacía daño alguno a la gente porque estaba divinizada, así que comenzó sin temor a cumplir con dicha función. El depósito estaba completamente a oscuras, incluso a pleno día, y no sabía qué residía en su interior. Le habían dicho que, una vez que quitara el candado y colocara la bandeja de comida, saliera de inmediato sin volver la vista, algo que al principio cumplía íntegramente. Transcurrida cerca de una hora después de cada comida, los utensilios de la bandeja quedaban vacíos. Y, bueno, durante un tiempo, dijo que no sucedió nada especial, hasta el vigésimo día de abril. Al llevar la bandeja del mediodía un poco más tarde que de costumbre, quitó apurada el candado del depósito, lo que probablemente hizo que el ruido retumbara hacia el interior. La escalera del piso superior del depósito comenzó a crujir como si algo estuviera bajando.

—Entiendo —dijo Hanshichi, prestando atención mientras fumaba.

—Otsū pensó que seguramente sería la gran serpiente. Intentó darse la vuelta precipitadamente dejando la bandeja tal cual, pero, con la curiosidad de ver algo espantoso, se ocultó en la sombra de la puerta para poder ver lo que bajaba de la escalera...

»Hacía buen tiempo y era pleno día, por lo que el interior del depósito se veía en penumbra. Los crujidos indicaron que lo que bajaba de la escalera era una mujer joven que se dirigía a recoger la bandeja en silencio, pero que, en ese momento, pareció notar enseguida que la estaban espionando y habló comuna voz fina. Espantada, Otsū se quedó en silencio, mientras la mujer la llamaba levantando una espectral mano delgada. Incapaz de soportarlo, Otsū cerró apurada el depósito y escapó a toda velocidad. Las ser-

pientes no hablan. Sin duda, se trataba de un fantasma, lo que le puso la piel de gallina y le quitó las ganas de volver al depósito. No obstante, ese era su cometido, así que no le quedaba alternativa. Después de aquello, llevaba espan-tada la bandeja tres veces al día. Aunque, pensándolo bien, se supone que los fantasmas tampoco se alimentan.

»Un día de buen tiempo, animada por la curiosidad de ver algo horripilante, volvió a echar un vistazo. Desde un rincón en penumbra, una enorme serpiente, de quizás unos tres metros y de color verde claro, se acercaba con sus ojos brillantes. Con Otsū paralizada de miedo, la escalera del piso superior crujió como la otra vez, como si algo estuviera bajando. Al fijarse mejor, vio que se trataba de la mujer espectral. Nuevamente, Otsū no lo soportó y terminó escapando.

—Esta historia de fantasmas es bastante intrincada, ¿no?

—De todas formas, Otsū siguió aguantando, hasta que, hace poco, la pareja de encargados se enteró de que, en ocasiones, había estado espionando en el depósito, por lo que la regañaron duramente y la amenazaron con amarrarla y meterla dentro a ella también... Eso la asustó aún más y la hizo pensar en escapar, pero, dado que la pareja la vigilaba estrictamente, no podía poner un pie afuera. Aun así, halló la oportunidad de escribir un corto mensaje y le pidió a una persona que pasaba por allí que se lo hiciera llegar a su hermana. Al enterarse de la historia, Otoku también se asustó. No obstante, regresó a casa haciendo caso de mi consejo de que hiciera lo posible por soportar un poco más, puesto que había que pensar las cosas antes de actuar. Como ya mencioné antes, se trata de una mujer muy apegada a su hermana, por lo que la preocupación de no saber qué hacer le quitaba hasta los colores de la cara. Por supuesto, lo razonable sería conseguir un permiso de renuncia a través de la agencia intermediaria, pero, al tratarse de un contrato de tres años, seguramente no resultaría muy